

"REQUIEM"

Por

Lola

REQUJEM

El olor a desinfectante flotaba por todos los rincones del hospital y poco a poco iba penetrando la trama de las telas; deslizándose por las caras y los cabellos sudorosos, entre trenzas encanecidas o rizos desordenados, sobre tiesos almohadones que más bien parecían ladrillos; se incrustaba con obstinación en cada poro de la piel hasta formar parte integral de las personas que por algún motivo debíamos permanecer dentro de aquel recinto.

Allí se encerraba un mundo de pacientes doloridos e indefensos, familiares resignados e impotentes y muñecas mecánicas, ataviadas de albos trajes y cofias almidonadas que se deslizaban sobre suelas de goma, por los interminables pasillos, inyectando soluciones y repartiendo comprimidos por números consecutivos.

Afuera la gente caminaba despreocupada bajo el sol de la tarde que declinaba tras las montañas azules que a lo lejos bordeaban el horizonte, mientras un viento tibio les acariciaba el rostro.

Me pasaba horas enteras frente a la ventana, observando aquél mundo externo al cual, circunstancialmente no pertenecía, pues yo era uno de aquéllos familiares resignados e impotentes, para quien sólo existían dos tiempos: Un pasado remoto, evocador de recuerdos que se fundían en el ámbito de la

memoria, y un futuro inaccesible, forjado de fantasiosas promesas y esperanzas.

Sentada frente a su cama contemplaba el demacrado rostro de mi madre, antes tan alegre y sonriente, mientras veía cuán lentamente goteaba hacia sus venas el suero que la alimentaba y me parecía inconcebible que hacía apenas unos días viajábamos ilusionadas a la provincia a visitar a mi hermana.

Al cerrar los ojos la casi la veía diciéndome adiós ligeramente reclinada contra un poste, con la otra mano metida en la bolsa de su saco, mientras arrancaba el autobús. Ella pensaba quedarse una temporada en casa de mi hermana, probablemente el entusiasmo y la tristeza anidaban en su corazón al separarse de una de sus hijas, para encontrarse con la otra. Jamás imaginé que esa sería la última vez que la viera sana, pero Mi regreso fue tranquilo y hasta hubo tiempo de escribirle una carta, en la que le decía cuanto la extrañaba pues ya no tenía con quien pelear.

Ella siempre conservó cierta candidez que a mí me incomodaba, seguía prefiriendo los caramelos con sabor a fresa y vivía como propios los romances de sus nietas adolescentes; la protección que le faltó de niña a causa de la muerte de su madre, la recibió de mi padre, esposo amante y considerado para quien ella siempre fue lo primero en la vida, en cambio yo, sobreviví a muchas situaciones complicadas en mi matrimonio y tuve que recurrir al aprendizaje como terapia, eso me hizo madurar y ver las cosas de forma más analítica, tal vez

por eso no siempre estábamos de acuerdo; sin embargo ella prefería vivir conmigo que en la provincia con alguna de mis hermanas, quizá porque la presencia de sus esposos la hacía sentir menos confianza que en mi casa donde ya no lo había.

El día de su accidente yo estaba recibiendo instrucciones para archivar en la computadora un texto que elaboré para una conferencia; al recibir la noticia quedé pasmada, ya no pude entender las explicaciones ni continuar con el trabajo, sentía como si me hubieran dado un golpe en la cabeza, la luz se hizo oscura y el temor se apoderó de mí.

Fue un accidente tonto, como son todos los accidentes. Estaba de visita en casa de mi sobrina, se disponían a merendar cuando al dirigirse al lavabo no advirtió un escalón y perdió el equilibrio. Al caer se fracturó la cabeza del fémur.

Siempre que se oye comentar sobre la muerte de personas mayores, se habla de que "fulana se cayó, se rompió un hueso y ya nunca se pudo levantar...". A mí me impresionaba escucharlo pues me hacía pensar que la verdadera causa es que, cuando cualquier parte del cuerpo deja de cumplir sus funciones, sobreviene un desequilibrio orgánico; quizá por eso me sentí tan llena de angustia.

Primero existía la esperanza de que no hubiera necesidad de operarla, pero al día siguiente cuando avisaron que sí era necesario, arreglé de inmediato mi viaje: Hacer la

reservación y correr a la agencia por el boleto, luego pasar volada a la casa por algo de ropa, ponerla en la maleta sin fijarme al menos, tomar un taxi que me llevara rápido al aeropuerto, durante todo el trayecto le pedía con fervor a Dios que me trasladara como en una nube y así fue, pues el recorrido que normalmente lleva dos horas, conseguí hacerlo en menos de una. Cuando llegué presurosa al mostrador por mi pase de abordaje, la empleada me dijo: "Dese prisa, porque está a punto de salir su avión". Suelo caminar rápido, pero ese día, materialmente patinaba por los pasillos interminables del aeropuerto; al llegar a la sala "C" escuché una voz que anunciaba por última vez la salida de mi vuelo, abordé el avión y ya instalada procuré serenarme; trataba de controlar la angustia con una actitud positiva, oraba y quería confiar, pero muy en el fondo, temía.

En el pequeño aeropuerto me esperaba mi sobrina con la cara compungida, se sentía culpable por no haberle advertido a Mamá, que había un escalón: traté de consolarla, pues de ninguna manera había sido culpa de nadie, sino un desafortunado accidente, había que confiar en Dios, para que todo saliera bien, tomando en cuenta la fortaleza de mamá y la habilidad de los médicos.

Al llegar al hospital fuimos directo a verla, la encontramos inmóvil, acostada boca arriba, le habían puesto contrapesos en la pierna enferma para evitar encogimientos mientras la operaban; se le iluminó el semblante al vernos entrar, la abracé y le besé, ella me apretó las manos y me miró

profundo con sus hermosos ojos azules, después de los saludos y comentarios, le pidió a mi sobrina que la maquillara; mi hermana y yo empezamos a bromear con ella, porque quería estar muy guapa para conquistar al doctor e hicimos que se ruborizara.

Nuestra otra hermana llegaría al día siguiente, mamá iba a estar feliz rodeada de sus "tres niñas de pelo rizado".

Mamá toda la vida fue "Mamá" y nosotras su "Tercia de Ases". Siempre prodigó su amor de la misma manera, para ella el tiempo no transcurrió sobre nosotros; nos sobreprotegió de niñas, involuntariamente evitó hacernos independientes en la adolescencia, era más seguro, pues el que no corre riesgos no se expone, de haber podido nos hubiera cubierto con un capelo de cristal como a los santos de iglesia. De adultas, una vez hecho el hábito, seguíamos la corriente como algo natural, pero a mí la vida y sus circunstancias me obligaron a cambiar, por eso no coincidíamos en opinión y discutíamos a veces.

Esa noche me quedé con ella en el hospital, durmió tranquila, se tomó de mi mano y en tanto yo la retiraba para cambiar de postura, ella empezaba a buscarla a tientas murmurando: "te quiero mucho", yo sentía tanto dolor de verla postrada, ella tan activa y dispuesta, siempre buscando algo que hacer, o en qué ayudar, y ahora, impedida por esa malhadada fractura; entonces me enjugaba alguna lágrima rebelde y rezaba

profundamente pidiendo a Dios, con toda el alma por su recuperación.

Al medio día llegó nuestra otra hermana, mamá se veía radiante, le brillaban los ojos y tenía el cutis muy suave y sedoso, no aparentaba su edad, ni parecía que estuviese enferma, estaba feliz con nosotras tres a su lado. Por la tarde, cuando el médico pasó a su visita de rutina preguntó para halagarla, que si nosotras éramos sus hermanas, ella se puso muy ufana, le encantaba que se lo dijeran; luego con cierto aire de coquetería, le ofreció presentarle a sus nietas. Mi hermana menor inmediatamente puso su clásico gesto de "señora decente" y comentó: ---Me chocan esos chacoteos.

Más tarde, cuando llegó la enfermera que velaba por la noche, nos fuimos las tres hermanas a cenar a casa de mi sobrina; durante la plática, uno de mis cuñados dijo que lo mejor sería que mamá regresara a México después de su operación, ya que por inconvenientes de espacio, era imposible hospedarla en su casa y mucho menos en la de ninguno de los nietos; yo me exalté, pues vivo en casa de uno de mis hijos, por consiguiente su nieto, y ella casi siempre vivía también allí, me pareció inoportuno el comentario.

¿Por qué veían tan natural que viviera en casa de ese nieto y no con alguno de los demás?

Después me mortifiqué por haber perdido el control, pero fui sincera.

Al día siguiente, no recuerdo el motivo pero estábamos solas en el cuarto, mi madre y yo, de pronto entró una mujer muy bella, delgada de ojos azules y pelo cano que irradiaba luz, nos preguntó si deseábamos recibir la comunión, pues ella era ministro de la Eucaristía, desde luego aceptamos; fue tan enorme la emoción de recibir al Señor y sentir cómo había ido a visitarnos expresamente hasta ese sitio recóndito para demostrarnos su amor, que me vino un acceso de llanto incontenible; me ahogaban los sollozos como nunca me había sucedido, mamá sólo acariciaba mi cabeza la cual reposaba a la orilla de su cama.

Ella nunca me expresó ningún temor de ser operada, al contrario, parecía estar tranquila y confiada., ahora me ahora me pregunto si realmente era así o prefería no decirlo; por lo mismo, yo tampoco estaba angustiada, tenía completa seguridad que todo iba a salir bien, sin embargo, al día siguiente, cuando fueron por ella los camilleros para llevarla al quirófano, yo sentí que se me estrujaba el corazón.

Fueron varias horas de espera, durante las cuales nos sentíamos a veces con dudas, a veces confiadas., horas largas, interminables. Después, empujada por los camilleros, la vimos pasar en una camilla, tenía la cabeza cubierta por un turbante de tela verde color hospital, los ojos cerrados, la cara muy pálida y afilada; creo que nuestra expresión era de angustia pues el doctor, después de pedirnos quitar esas caras de susto, nos dijo algunas palabras de aliento y que en un rato más podríamos pasar brevemente, una por una,

a la sala de recuperación; mientras sólo la veíamos tras la ventana.

*A*somadas por el cristal veíamos cómo, poco a poco, se empezaba a mover, despertando muy lentamente, quizás preguntándose dónde se encontraba, pues miraba a los lados, arriba, enfrente, queriendo reconocer el lugar. Una enfermera abrió la puerta y nos permitió pasar. Yo fui la primera en hacerlo, le acaricié la mejilla y la frente, ella me dijo:

—¡Gracias a Dios que salí!—. Con una ternura infinita reiteré su frase, me quedé con ella unos minutos, luego dejé que pasara una de mis hermanas, hasta entonces respiré tranquila; pues nunca se me ocurrió que podrían surgir complicaciones postoperatorias.

*P*or la tarde, la llevaron a su cuarto y ya podíamos estar con ella las tres, cuidándola y ayudándole a humedecer los labios con una compresa de gasa estéril, cepillándole el cabello; ella casi no hablaba únicamente nos tocaba suavemente las manos y nos daba las gracias. Todo su autoritarismo de antes se había convertido en silencio y sumisión, se dejaba atender dócilmente sin ninguna queja, solo murmuraba: —tengo sed—.

*C*uando el médico nos informó que dentro de uno o dos días pensaba darla de alta, para su recuperación en casa de mi hermana menor; yo alcé los brazos al cielo; pues

podría regresar a mi trabajo y atender a las personas que dejé al garete cuando salí intempestivamente.

Apenas empezaba a encarrilarme a la rutina, debido a la inmovilidad, una oclusión intestinal complicó el estado de Mamá y hube de regresar urgentemente a la provincia haciendo el mismo precipitado trayecto que la vez anterior para alcanzar el avión que estaba a punto de partir.

Otra vez el aeropuerto provinciano; pero ahora la angustia era mayor y la esperanza menos firme; hacía dos horas que habían empezado a operarla, pues si no se corría ese riesgo, habría peligro de peritonitis; en cualquiera de los dos casos llevábamos las de perder, pero como lo último que muere es la esperanza, nos aferramos a ella.

Nuevamente la angustiosa espera, la falta de información, el acechar a los médicos, por fin los camilleros empujando su camilla, la palidez del rostro, el turbante verde y el enjambre de sondas: del brazo, de la nariz, del vientre.

Empezó a abrir los ojos lentamente, con dificultad, como si sobre sus párpados cayera un gran peso, volteando cautelosa hacia un lado, hacia el otro, buscando nuestros rostros para luego esbozar una sonrisa y exclamar — ¡Estoy viva, hijitas!—.

Esa frase, en aquellos momentos, provocó dentro de mí un mar de dudas o de certezas, pues como sabía

muy bien lo asustadiza que era, ¡cuánto temor debe haber sentido al ver quebrantada su admirable salud!, si por el más ligero dolor se angustiaba tanto, ¿qué pensaría ahora de esta gravedad?.

Trataba de acallar aquel torrente de ideas que me atormentaban, no quería darles cabida, no fuera a ser que por aceptarlas, aunque eran lógicas, atrajera resultados negativos, y me debatía entre la aceptación y el rechazo, mientras ella luchaba entre la vida y la muerte.

Esa primera noche la sobrepasó bajo los cuidados de un enfermero, quien se encargó de vigilar el goteo del suero, el drenado de las sondas, las nebulizaciones y demás.

A la mañana siguiente ya tenía otra cara, a pesar de que aún estaba encadenada al oxígeno, los sueros y los medicamentos; le había vuelto el color y tenía mejor semblante, sin embargo se pasaba callada largos ratos con la mirada fija en el trozo de firmamento que se alcanzaba a ver por las ventanas.

¡Qué hubiera dado en esos ratos, con tal de verla sana, por haberla oído charlar, hacer preguntas obvias, expresar temores, o inclusive enojarse o defenderse como hacía en ocasiones, en que yo me molestaba tanto, con tal de verla sana!.

Me partía el alma verla tan desvalida y desde ese primer día decidimos, mis hermanas y yo, quedarnos por

turnos todo el tiempo, además de la enfermera. Y no dejarla sola pues no podía pasar los alimentos; las charolas se regresaban intactas y su única fuente de energía era el suero intravenoso.

El segundo día era domingo, llegaron al cuarto dos hombres a ofrecernos sus oraciones. A nosotros nos pareció una nueva Teofanía que nos conmovió hasta la médula.

Después de orar y cantar, ambos se despidieron con la bendición de Dios, sin embargo eso no rompió el encantamiento, nosotras tres permanecemos junto a ella, tomadas de las manos y continuamos orando y cantando; después ella se irguió en la cama, levantó los brazos con las palmas extendidas, sus ojos azules, elevados hacia el cielo refulgían, y con toda claridad dirigió sus oraciones al Señor, aceptando su voluntad e implorando su misericordia, al final pronunció ciertos vocablos incomprensibles, no pertenecían a ningún lenguaje o dialecto de esta tierra, era el idioma íntimo del alma con su Creador. Una de mis hermanas le preguntó:

---¿Qué dijiste al final, mamita?---

Ella respondió:

---Recé el Padre Nuestro---

---No, después de eso, al último--- preguntó

—Después te digo...contestó.

Se recostó y permaneció en silencio, al rato se quedó dormida.

Las tres estábamos embargadas de emoción; silenciosas lágrimas surcaban nuestros rostros pues acabábamos de presenciar un éxtasis.

El resto de ese día se ha borrado de mi memoria, creo que toleró un poco de su dieta líquida, no recuerdo más, me sentía como suspendida en el éter, a tal grado estaba impresionada, que evitaba reflexionar aquél hecho sobrenatural, para no aceptar aquello que tanto temía, esa noche se quedó con ella mi hermana Emma y creo que la pasó medianamente.

El lunes cuando llegué por la mañana a relevar a Emma estaba algo decaída, se sentía cansada, acababa de pasar el doctor y le habían retirado el oxígeno y la sonda intestinal; al medio día no quiso probar bocado, y en un intervalo en que se consumió el suero, exigió que lo renovaran ya que "ese era su único alimento", por la tarde tuvo vómitos continuos, el doctor estaba en el quirófano y no aparecía, yo me sentía tan asustada como mis hermanas Emma y Mimi, pero por ser la mayor, tenía la responsabilidad moral de disimularlo para infundirles fuerza a ellas.

Tuvimos que mover influencias e informar al jefe de servicios de su estado; hasta entonces, dio órdenes de volver a colocar el oxígeno y la sonda, sacar electrocardiograma y rayos X, por fin se dio una movilización adecuada; sin embargo, las tres estábamos muriendo de angustia porque su estado era verdaderamente grave.

Esa noche la pasamos las tres en el hospital al lado de su cama, preparadas para todo, tomándole las manos y abanicándola suavemente; jurábamos que no amanecería. La enfermera nocturna medía los signos vitales cada media hora; ella, sin perder la conciencia para nada, estaba pendiente de preguntar la medida de su presión y el número de sus pulsaciones, a nosotras nos pedía que ya nos fuéramos a la casa a dormir, le respondíamos que en cuanto fuera el doctor. Así transcurrió esa noche eterna como un siglo, cuya obscuridad más intensa, volvió a tornarse en luz al aparecer la aurora. Me parecía increíble que hubiera resistido.

El martes muy temprano, cuando fueron a verla varios médicos y recibieron los informes de la enfermera, yo observaba cómo se veían entre sí con expresión de asombro, dejaron instrucciones y se marcharon. Yo tampoco lo podía creer; sin embargo ella estaba allí, con sus ojos azules entrecerrados; aunque ayudada por el oxígeno y toda la demás mañana, su respiración parecía normal.

Esa tarde llegaron del Norte algunos de sus nietos lo cual la animó muchísimo, ella era feliz rodeada de los suyos, su ideal era poder estar reunida con todos; cuando

pasaban uno a uno a saludarla, preguntaba por aquéllos que aún no la habían visitado, no se le escapaba ninguno; igual que cuando nosotras éramos niñas y nos llevaba a las fiestas de cumpleaños con la advertencia de no retirarnos de su vista, y si en algún momento dejaba de vernos, inmediatamente se levantaba estirando hacia abajo su falda e iba a amonestarnos con el consabido: "¡Pobres de ustedes si vuelven a desobedecer".

Pasaron el miércoles y el jueves con sus altas y sus bajas, nosotros no queríamos dejarla solamente en manos de la enfermera, así que seguíamos turnándonos para acompañarla; el jueves el médico dio orden de nuevo de retirarle el oxígeno y pinzarle la sonda uretral; sus reacciones fueron favorables.

Esa fue la única noche en que por instancias de los médicos y enfermeras, no se quedó ninguna de nosotras con ella; a la mañana siguiente me fui temprano al aeropuerto para recibir a una de mis hijas que venía a visitarla y de regreso llegamos primero al hospital, al pasar por el puesto de enfermeras, una de ellas me dijo: "¿Ya sabe la noticia?" casi me desmayo del susto, debo haberme puesto muy pálida, pues antes que yo pudiera reaccionar agregó: "No se asuste, hoy la dieron de alta, dice el doctor que pase a hablar con él".

—¡Que bárbara, -le dije- por poco me da un síncope!—. Entré a su habitación, la encontré muy tranquila, le dio mucha alegría vernos llegar a mi hija y a mí; mientras ella

se quedaba acompañando a mamá, yo me fui a hablar con el médico.

Me recomendó quitar el gesto de angustia, cuidarla mucho, no discutir delante de ella, concederle todos sus antojos, lo que ella quisiera de comida sin importar qué, en suma, darle incondicionalmente todo nuestro cariño; cosa que consideré obvia ya que además de ser lógica era fácil.

No entendí su mensaje, en ningún momento capté el significado a través de lo que me decía. —¡Si yo lo hubiera sabido!— pero no, estaba ciega, no veía más que lo aparente, en aquellos momentos no cabían en mi alma ni la duda ni la pena, así que me fui feliz a preparar todo para su traslado del hospital a la casa.

Me molestó bastante la actitud de mi hermana Mimi, ella fue más perceptiva que yo, pues no creyó en su mejoría, al contrario, se angustió muchísimo al saber que había sido dada de alta.

Después de dejar lista la recámara para recibir a mamá, nos fuimos al hospital a esperar la ambulancia; cuando entraron por ella los camilleros puso cara de susto, se agarró fuertemente a los laterales de la camilla y cerró los ojos. En el tramo del elevador a la ambulancia, creo que iba rezando, al igual que durante el camino; al detenernos frente a la casa exclamó:

—¡Gracias a Dios que ya llegamos!—

La llegada fue lo de menos después del trayecto entre el hospital y la casa; lo verdaderamente difícil fue subirla a la planta alta por la estrecha escalera, sentada sobre una silla liviana que se podía cargar entre dos de los camilleros; mientras la angustia se aposentaba en nuestros rostros ella, con los ojos cerrados musitaba plegarias; por fin la acomodaron en su cama y al cabo de un rato le volvió el color al rostro.

La enfermera especial acomodó los medicamentos y todo lo necesario; mis hermanas y yo bajamos a organizar la comida, he olvidado el menú, pero si recuerdo que lo único que probó fue una cucharada de nieve de naranja; la tarde estaba calurosa y además del ventilador, mi hermana Mimi se encargaba de abanicarla con su compañero inseparable, aquel abanico español de sándalo que trajo de alguno de sus viajes.

Es curioso, pero el hecho de sentirse en casa debe haberle ayudado a estar menos atemorizada pues quiso ver la televisión y me pidió que si ella se dormía antes de pasar el capítulo final de su novela preferida, lo viera yo para que le contara el desenlace.

Durante la tarde estuvimos cerca de ella sus tres "hijitas del pelo rizado", mientras, dos de sus nietas fueron a comprarle la andadera, unas batas de algodón para que

estuviera más cómoda y una esfera de oxígeno, sólo como vía de precaución; ahora que me doy cuenta, comprendo que en nuestros corazones aún existían el temor y la duda.

En su algarabía, las chicas empezaron a desempacar las compras, con mucha prudencia mi hermana Mimi las llamó para que le ayudaran abajo y por allá las entretuvo.

Emma y yo nos quedamos acompañándola; me percaté que se le había pasado la hora de darle sus cucharadas y aunque estaba medio dormida, preferí dárselas; puse el medicamento en un vaso pequeño, entre Emma y yo le enderezamos un poco la cabeza y se lo di a beber; ambas nos dimos cuenta que no lo podía pasar, había algo cerrando el conducto; la televisión continuaba encendida y yo desesperada la apagué.

En la desesperación y la angustia, le aplicábamos oxígeno con la esfera, le dábamos percusiones en el pecho y la espalda pero aquel hervor del pecho, aquel gorgoteo, aquel estertor, no cesaban, sus ojos entrecerrados se iban quedando en blanco, en eso entró mi cuñado, cuando la vio así, clavó en mi rostro una mirada que me lo dijo todo; llamó a Mimi y se fue a traer un médico, cuando éste llegó ya todo había pasado, una vez que hizo todas las pruebas sacó un talonario y anotó: "Tromboembolia cardio pulmonar".

Posteriormente se llamó a la funeraria, luego vinieron por ella para llevarla a incinerar, todas esas escenas se confunden en mi mente; han quedado agazapadas en algún rincón del alma, es imposible borrarlas del todo se resisten a desaparecer, pero están por ahí listas para punzar.

Increíble, pero el nuevo día llegó, volvió a haber luz, calor del sol, vida en la tierra, el gran engranaje seguía su ritmo.

Cada uno de diferente rumbo y por distinta vía, fueron llegando los nietos a acompañar a la abuela a su última morada; durante la misa fúnebre, dentro de una urna de mármol, sus cenizas fueron custodiadas por sus tres nietos varones, primogénitos de cada una de las hijas; hasta quedar depositadas en la fila once de la sección "Dolorosa" del colombario de San José.

Pienso que para ella fue una hermosa muerte, ya que Dios la escuchó, pues siempre le pedía que no la dejara aquí si había de ser una carga, y El en su infinita misericordia se lo concedió.

Ese razonamiento es de alguien que piensa cristianamente como yo; pero la ausencia es la ausencia y no se llena con nada, aunque me consuela pensar así, la extraño al ver su silla vacía en el comedor, cuando al ir a dormir veo su cama extendida; cuando al salir de misa, no la encuentro esperándome en la puerta de salida, o cuando olvido comprar las legumbres en el supermercado porque ella se encargaba de eso.

*Han pasado los meses y los recuerdos están aún muy
frescos, sirvan pues estas memorias como una plegaria al Señor y*

que brille para ella la Luz Perpetua